DOS PERSONAJES DE UNA NOVELA ARGENTINA *

POR

CARMELINA DE CASTELLANOS

«Detrás de cada verdad hay siempre otra verdad más verdadera.»

FRANZ TAMAYO *(Proverbios)*

«—Alejandra —dijo Martín—, ¿cuándo sos la persona verdadera? —Trato de ser siempre verdadera, Martín.»

Este fragmento de diálogo ubica al personaje femenino central de *Sobre héroes y tumbas,* de Sábato, en el que el autor se demora y al que quiere profundamente. Tal vez porque presintió que muchos lo juzgarían con severidad sin adentrarse en su lucha.

Aparece envuelta en misterio, y Maurice Nadeau, en un largo artículo publicado con motivo de la aparición de la versión francesa, la califica de «bruja, un poco criatura del demonio», como llegada desde «un lejano y misterioso país cuyo recuerdo la mantiene asombrada».

Sábato la presenta así por dos motivos. Porque surge a través del recuerdo de Martín y esta indeterminación señala que para él toda la extraña historia pasó casi como un sueño que nunca entendió del todo. Y porque ese primer encuentro en el que el muchacho la «siente» antes de verla, la seguridad con que ella después le dice «que sabrá encontrarlo cada vez que lo necesite», su forma de presentársele en sueños en momentos en los que ocurren hechos definitivos; todo tiende a destacar el permanente misterio que rodea la vida humana y refuerza la tesis «de que no hay casualidades, sino destinos».

Pero por detrás de esa niebla intencionadamente puesta, Alejandra-persona está dada en toda la complejidad de su ser. Reflejada, además, como el autor ha dicho en una entrevista publicada en *Mundo Nuevo,* refiriéndose no sólo a este personaje, sino a la forma general del relato, «como en una galería de espejos» para captar «la ambigüedad del ser humano y el hecho de que vive, frecuentemente, del reflejo en otros seres». Está dada vitalmente; no es una hechicera que, desde afuera, mueve poderes sobrenaturales. Es una mujer que camina por las calles de Buenos Aires, que entra en los bares, que se detiene

* Capítulo de un libro en preparación sobre la obra completa de Ernesto Sábato.

junto al río, y vamos conociéndola a medida que la vemos vivir. Una mujer que descubre y se esconde, que muestra, de pronto una ternura extraña y de pronto caracteres típicamente marcianos, actitudes viriles. Y que mantendrá siempre zonas ocultas a las que no llegaremos, con lo cual adquiere mayor realidad; se convierte en algo más que «un tipo» prefabricado para que encaje dentro de un argumento.

Momentos de su infancia y de su adolescencia, elegidos con certeza, nos ayudan a conocerla. Se la descubre —en lo esencial— a través de una autoconfesión, que no se produce caprichosamente, sino en circunstancias que la justifican.

Es de noche, y en el caserón de Barracas, adonde ha llevado, por primera vez, al muchacho que nada tiene que ver con el medio en que ella vive y con su manera de vivir. Es un momento para ella decisivo. Está en el principio de algo que no entiende y que le hace decir ese impreciso y sincero «te necesito», jamás aclarado del todo porque sale de una zona enmarañada. Martín se enorgullecerá de haber recibido esta confidencia. Pero, en realidad, provocado por una inocente pregunta de él acerca de su padre, ese «raconto» en un vuelco incontenible, un monólogo que ignora al oyente. Echa fuera partes de su vida que marcaron el comienzo de la fijación que no le permite vivir. Se aclara a sí mismo.

Dije que los personajes de esta novela son algo más que casos para estudiar clínicamente. Esta muchacha puede ser estudiada psicoanalíticamente. Se lo ha hecho en trabajos que desconozco, pero que sé han sido realizados con toda seriedad, algunos en Universidades de los Estados Unidos. Aunque no se quiera entrar en ese campo especializado, hay alusiones que no pueden evitarse.

El edipismo es indudable, y el autor no pretende ocultarlo. Como observa Canal Feijoo en un artículo publicado en *Sur,* la mención de Tiresias que hace el relator del informe relaciona directamente a la deidad ciega con Yocasta.

Pero a nosotros Alejandra nos interesa como persona que vive, que nos comunica sus miedos, sus apasionamientos, sus depresiones. Que nos golpea con su joven escepticismo y nos desarma con repentinos ablandamientos. Nos ubicamos dentro de su conflicto hasta donde nos lo permite y sentimos la lucha que la deshace.

Cuando en la vida de relación una persona consigue asociarnos a su sufrimiento, en ese momento no nos interesa averiguar a qué complejos obedecen sus reacciones o cuáles son las motivaciones que las engendraron. Simplemente, nos unimos emocionalmente a su desdicha, la compartimos. Esto nos sucede frente a Alejandra.

La encontramos en sus once años, desconcertada al encontrar a su

padre acostado con una mujer desconocida. «En la misma cama en que yo duermo ahora», recalca.

Como si quisiera destacar que el haber conservado el objeto-testigo significa una aceptada atadura al hecho que la marcó.

Al contar la reacción desproporcionada, que juzga consecuencia lógica: «Entonces me escapé de mi casa» —indica el afecto sexualizado que la hace proceder como una mujer engañada por el amante, deseosa de vengarse y de presentarlo como causa de sus sufrimientos—. «Vean lo que sufro por causa de mi padre.» Desde ese momento, al romper deliberadamente las relaciones padre-hija, permite el crecimiento de las otras, que serán peso constante en su vida. Y que persistirán, a pesar de todos los mecanismos inconscientes que utiliza para vencerlas. Este episodio termina con la paz de la chica, «cuyos pensamientos serán como serpientes enloquecidas y calientes».

Reprime o desvía sus impulsos en «galopes desenfrenados por la playa»; en «excesos religiosos», «a los que me entregaba con la misma pasión con que nadaba o corría a caballo, como si me jugara la vida». Y en ese misticismo busca el castigo corporal, aspira al martirio. Un ataque de histeria interrumpe la confesión justo en el momento en que recuerda «el rechazo a la mano del sacerdote que se parecía a su padre». La comparación que hace de esa mano, pronta a la caricia con un animal repugnante, el murciélago, muestra su repulsa al sentimiento que la va dominando y que la hace sentirse sucia y culpable.

Más tarde, esos escapes no bastan; el sexo enloquecido reclama su derecho. Hay que calmarlo con sustitutos. El forzado «a mí no me tocarás. Y te advierto que nadie me tocará» no puede mantenerse. La piel y el sudor de los hombres se hacen necesarios para engañar lo que la carcome en forma implacable. La escena de la playa con Marcos señala el comienzo del dominio de Alejandra-sexo, y es exacta en actitudes, en sensaciones, en vocabulario.

Con el relato de esta escena termina su autoanálisis. Lo demás lo descubriremos a medias; y después de muerta sabremos recién que los sustitutos fueron permanentes en su vida. Dice Bordenave: «Ella sentía grandísimo placer en acostarse por dinero.»

Pero en Alejandra hay otros aspectos que quieren imponerse, que buscan sin saber cómo un camino. Y esa es —sin duda— la causa de que se acerque a Martín. No es consciente de lo que quiere; pero precisa algo diferente a lo que está viviendo. A lo que, de pronto, la asquea hasta el punto de calificarse de basura y de pretender limpiarse con agua y jabón.

¿Qué busca en Martín? Desde ya, no la víctima, como piensan algunos, a nuestro juicio con simplista apreciación. Porque ella no se

complace en ningún momento con el dominio que sobre él ejerce. Al contrario, lo previene; le dice que le hará daño, que se aparte de su lado.

Creemos que la relación que inicia con Martín es el último intento —por supuesto no consciente— de sus fuerzas positivas para conseguir afirmarse. Lo que en psicoanálisis se define como esfuerzo del yo por definirse. Alejandra, a esta altura, sabe ya qué es lo que rechaza. La prueba está en que cualquier referencia a su padre, o simplemente la palabra «ciegos» que se lo recuerda, la trastornan hasta físicamente. En esa lucha librada entre sus potencias luminosas y las que la arrastran hacia lugares oscuros intuye que Martín puede ayudarla. Nunca sabrá explicar por qué lo buscó. «Te busqué porque te necesitaba..., porque vos...; en fin, ¿para qué rompernos la cabeza?» (...) «Yo misma no tengo las cosas claras... Pero te quiero, te necesito, de eso estoy segura.» (...) «Yo misma no me lo explico. Necesito, de pronto, tenerte cerca, junto a mí, sentir el calor de tu cuerpo a mi lado, el contacto de tu mano.» Sin saberlo, está buscando lo que una parte de su ser desea. Con él encuentra momentos de paz, deja aflorar una ternura que nadie más conoce; descubre algo de ese interior que esconde celosamente y que nada tiene que ver con el mundo cínico y farsante en el que se mueve. Como Martín recuerda después, con él «había tenido instantes de tranquilidad y de paz..., tardes de apacible belleza..., frases cariñosas y tontas..., pequeños gestos de ternura y bromas amables».

Toda la capacidad de cariño limpio que puede escamotear a su obsesión la vuelca en el flaco adolescente. Y es sincera cuando dice: «Te quiero, no sé cómo; pero te quiero.»

Ella hubiera querido mantenerlo al margen de su otra vida. Y en este afán es cruel sin advertirlo. Porque lo desexualiza; se acuesta a su lado y se duerme como si estuviera junto a un chico. Quiere mantener relaciones de camaradería, de compañerismo. Dice O. Fenichel en *Teoría psicoanalítica de las neurosis* que, como consecuencia de la represión del complejo de Edipo, muchos niños aíslan esferas de vida; separan la de los instintos de las de la buena conducta. Y otros diferencian entre los componentes tiernos y los componentes sensuales de la sexualidad. Como consecuencia de esto, existen individuos que no pueden alcanzar satisfacción sexual en sus relaciones con personas que les inspiran sentimientos de ternura. Las prostitutas ofrecen a esos individuos la oportunidad de aislar la sexualidad objetada del resto de su vida, ahorrándose así la necesidad de reprimirla.

Alejandra, indudablemente, calma la sexualidad con hombres que afectivamente no le interesan; que, incluso, desprecia. Por eso, conscientemente pretende alejar a Martín de esa clase de relaciones. Pero

en su zona confusa presiente y desea la unión total, en la que el espíritu tenga parte. Por eso ha buscado a un hombre diferente, al que pueda colocar fuera del mundo que califica de porquería. Cuando él intenta la unión física, lo rechaza. Pero sabe que no tardará en producirse. No es por cálculo, ni por moralina, ni por indiferencia que no se entrega, sino porque esa entrega es la prueba final; la que su inconsciente busca y teme a la vez. Es la razón profunda de su reiterado «te necesito». Cuando el muchacho, al que trata con ternura casi maternal, la obliga sin exigencia a entregarse, eleva, sin duda, como piensa Bruno, «un ruego silencioso pero dramático, acaso trágico». Presiente que la unión en la que los sentidos sean vehículo de algo que sube desde las raíces no podrá ser. Y, efectivamente, no es.

Desde ese momento trata de romper la relación, de matar la ternura que le provoca la invalidez afectiva de Martín; quiere alejarse para no hacerle más daño. Sabe que el mundo de su obsesión se ha adueñado definitivamente de todo su ser. Dice Rudolf Allers en *Existencialismo y psiquiatría,* hablando del mundo pervertido al que llama «photocéntrico»: «Este mundo está caracterizado por el hecho distintivo de que está centrado en torno a un deseo dominante cuya satisfacción es la condición indispensable —según la ve el sujeto— para existir. (...) En caso de no satisfacer este deseo, el mundo estará vacío y será un lugar de tormento.» Alejandra ha entrado en el mundo de una obsesión que la domina y le oscurece el resto.

La Alejandra-ternura, que apareció en rasgos, en escapes vergonzantes, no desaparece del todo. Piensa en el futuro solitario del muchacho y quiere fabricarle recuerdos que le ayuden a vivir. «Mirá, Martín, yo me separaré de vos, pero no creas nunca cosas equivocadas sobre nuestra relación.» «Martín, te dije una vez que te quiero, que te quiero mucho. No te olvidés de eso. Yo jamás digo lo que no creo.»

Pero junto a esa ternura está su infernal orgullo, el peor de sus defectos, el que sí justifica que diga: «Quizá sea la encarnación de uno de esos demonios menores que son sirvientes de Satanás.» Ella reconoce sus defectos, sus debilidades, pero los esgrime para despreciar a quienes también los tienen y los ocultan. Se califica de «basura», adelantándose a lo que otros podrían decirle y que no aceptaría. Desafía al mundo de la hipocresía y de la farsa. Heroína de la pureza al revés, se jacta de ser sucia y no negarlo; de vivir fuera de las convenciones y de los disimulos. Fanática de su libertad, odiará a quien pretenda hurgar en su vida. Por eso se pone frenética cuando Martín le muestra que la ha espiado, que ha querido violar su secreto. La mujer que buscaba las palabras que menos pudieran herirlo en la despedida se convierte en una fiera que lo apresa con manos fuertes y duras y le dice, ronca de

rabia: «Vos me has seguido.» Con toda la furia, además, de sentirse sujeta, pese a sus alardes de independencia, por fuerzas elementales. Seguirá, entonces, como arrastrada, su camino. Poseída por ese deseo que combatió desde la noche en que llevó su miedo infantil, para castigarlo y castigarse, a la casa abandonada. Se entregará en forma frenética, extranormal, deseosa de vencer por el sexo a quien desde siempre por el sexo la dominó. El autor describe este encuentro en páginas cargadas de dramatismo sexual.

Pero la Alejandra que pudo y quiso ser en algunos momentos; la de los largos silencios junto al río; la que escuchaba las frases ingenuas de Martín «con ojos fervorosos»; la que despreciaba a las mujeres que centraban su vida en la *boutique* o en las peluquerías, ya está muerta antes del fuego, cuando Martín la ve caminando en «línea recta por sobre los canteros, con marcha de sonámbulo, como quien camina en sueños hacia un destino trazado por fuerzas superiores».

La Medea de Anouihl, en un fugitivo ablandamiento de su orgullo, al acariciar por última vez a sus hijos antes de matarlos y matarse, deja escapar palabras que la muestran indefensamente femenina. «Jasón, aquí está tu familia tiernamente unida. Mírala. Y ojalá puedas seguir preguntándote si Medea no hubiera amado también la fidelidad y la inocencia. Si no hubiera podido ser, también ella, la fidelidad y la fe. Cuando dentro de un rato sufras y hasta el día de tu muerte, piensa que hubo una pequeña Medea tierna y amordazada dentro de la otra. Piensa que luchó sola, sin que nadie le tendiera la mano... Y que ella era tu verdadera mujer. Quiero, quiero aún en este instante, con tanta fuerza como cuando era pequeña, que todo sea luz y bondad.» Pero su enternecimiento se corta bruscamente al pensar en el mundo falso que va a dejar y del que se considera víctima. Recupera el orgullo de sentirse diferente; la soberbia de pensar que ha sido destruida por ser mejor que muchos de los que la juzgaron. «Medea ha sido elegida para ser presa y lugar de lucha... Otras más frágiles o más mediocres pueden deslizarse a través de la red hasta las aguas calmas o el barro; los dioses abandonan la morralla. Medea era una pieza demasiado hermosa en la trampa. Y allí quedó.»

Pensamientos semejantes pudo tener, antes de la decisión final, la Alejandra que también lucho contra fuerzas tremendas; y luchó sola. Su orgullo le impidió pedir ayuda y cuando lo hizo, con un «te necesito» no por impreciso menos desesperado, no fue entendida. Tal vez su destino hubiera sido diferente si hubiera encontrado la fuerza y no la debilidad que se le colgó como un peso más.

Lo que es indudable es que esa mujer, que no vio quien estuvo más cerca de su desamparo agresivo, fue —como Medea— presa demasiado

hermosa como para desentonar en medio de la mediocridad que la rodeaba. Incapaz de adaptarse a la frivolidad vacía.

La Alejandra que entendía y quería a los fracasados; que se preguntaba, al caminar por las noches, qué se ocultaría detrás de cada luz encendida en las ventanas; la que compadecía al abuelo Pancho, obligado a enfrentarse a realidades pobres que ni siquiera entendía, fue acorralándose, taponándose con insensibilidad. Fue llegando a esa posición que resume en juicio dicho con palabras expresivamente simples, después de escuchar la música de Brahms: «Mirá, Martín, ésos son los que sufren por el resto. Y el resto no son más que hinchapelotas, hijos de puta o cretinos, ¿sabés?»

Enséñame una flor
que haya nacido
del esfuerzo de seguirte, Dios
para no odiar.

ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO («Tormenta»)

Indignado por las burlas de la muchachada del café, el loco Barragán grita enardecido: «Riansén, manga de vagos. Pero yo les digo que tenemos que pasar por la sangre y el fuego.» De pronto ve a Martín y con los ojos iluminados por fulgor profético dice: «Pero vos no, pibe; vos, no. Porque tenés que salvarnos a todos.»

Con las palabras de este predicador de café y el ademán de su índice levantado, Sábato, en mitad del relato, señala a Martín como depositario de la esperanza.

Aparentemente desdibujado, es eje fundamental. La historia empieza y termina con él; y, en una u otra forma, a su alrededor se anudan los hechos.

Tampoco vamos a entrar ahora en estudios psicoanalíticos. Mostraremos cómo el autor diseña certeramente el carácter de este personaje y descubre en él una angustia no menos intensa que la de Alejandra, aunque se manifieste por signos distintos.

Condiciones que se dieron en su infancia lo marcan. Antes de tener conciencia para juzgarla se aleja de la madre porque su agresividad lo rechaza; y no se desplaza hacia el padre porque, inconscientemente primero y razonadamente después, desprecia su actitud débil y sumisa.

Martín adolescente es un inseguro típico y tiene neurótica necesidad de afecto. Las características de esta manera de ser están dadas a través de la conducta y de las confesiones del personaje. La timidez está presente en cada una de sus reacciones. Huye de las miradas porque se siente feo; teme a los hombres y se tranquiliza en presencia de las estatuas. Acepta su inferioridad sin discusiones y se encierra en sí mismo.

Esa timidez que lo encoge y lo inhibe aparece no sólo en casos en que estaría justificada, sino en todas las oportunidades, lo que determina su carácter morboso. Se entiende que cualquier muchacho humilde se sintiera impresionado en la oficina de un «ejecutivo» como Molinari, ante ese despliegue aparatoso de potencialidad económica. Pero Martín tiene la misma timidez en la *pizzería* y toma el «vermú» que le ofrecen, en ayunas, por no atreverse a rechazar la invitación. Se detiene con miedo y frena su impulso de correr tras Alejandra después del encuentro primero. Se siente frente a ella, desde el comienzo, «como un mal alumno frente a un profesor irónico». Se oscurece en la *boutique* mientras habla Quique; se imagina «estúpido y torpe» en la terraza después de la confesión de Alejandra, «solo bajo una cúpula inmensa en aquel inmenso universo gigantesco».

Esa debilidad que, no por aceptada lo mortifica menos, lo hace reaccionar cruelmente frente a otro débil —su padre—. Porque en él odia las mismas fallas que lo torturan; porque lo ha defraudado cuando pudo protegerlo, cuando se hubiera refugiado en su fortaleza.

La escena del altillo es definitoria de esa situación. Ante la actitud del hombre maduro, que admite su fracaso, el hijo, en un último intento de recuperar la imagen del padre que habría querido tener, le arroja la justificación: «Este es un país asqueroso. Aquí los únicos que triunfan son los sinvergüenzas.» Pero el hombre no acepta la salida que le ofrecen; por el contrario, siente la necesidad de acusarse. «Hay que ser justos —dice—. Yo soy un pobre diablo y un fracasado en toda regla y con toda justicia; no tengo talento ni fuerza.» Entonces, el rencor escondido en tantos años de estar solo y que tiene como objeto a la madre-cloaca, se vuelve hacia la víctima resignada. Refrena la ternura que le había humedecido los ojos. «La resignación de su padre empezaba a endurecerlo nuevamente.»

Martín necesita con urgencia una persona fuerte en quien apoyarse, en quien descansar. Y esto explica su entrega incondicional a Alejandra, mujer que puede reemplazar a la madre. Con ella intentará una unión afectiva en la que dominará el edipismo.

Sábato —como vimos— rodea a este encuentro de elementos que escapan al examen racional. Pero, aparte de eso, el inseguro Martín admira de inmediato en ella algo que a él le falta y lo deslumbra: la seguridad externa, de modales; el desdén por las convenciones y el qué dirán; la posibilidad de iniciar relación con un desconocido; el desprecio absoluto por un mundo que a él lo aterroriza. Atormentado por su inseguridad, encuentra la imagen de la fuerza que busca y se arrima a ella en busca de protección. Acepta desde el «vamos», y voluntariamente, la posición de quien recibe algo que no merece. Para ter-

minar de convencerlo se unen otros elementos (familia tradicional de ella, caserón de Barracas, ambiente de la *boutique*, etc.). Entra en ese mundo desconocido y admite no preguntar demasiado. Tiene miedo a las reacciones de la chica; terror de perderla. Con la misma asombrada atención con que escucha la historia de la cabeza cercenada y los recuerdos confusos del abuelo Pancho, acepta los estremecimientos de Alejandra provocados por palabras del vocabulario corriente; sus confesiones y sus reticencias. Respeta ese lugar de ella, en el que siempre será extraño, y se maravilla de «que un ser portentoso» haya podido arrimarse a su insignificancia.

Si por momentos sufre ante multitud de cosas que no entiende y que despiertan su desconfianza o sus celos (ausencias de ella, llamadas telefónicas que no explica, cartas de amigos que no conoce, etc.), también todo eso contribuye a hacer más incondicional su entrega. Alejandra-fuerza, Alejandra-misterio, lo fascina con una fascinación aceptada casi con deleite.

Jamás piensa que puede ser cierto que ella «lo necesite» en realidad, y éste es el principio del fracaso de la relación. La imagina subida en un pedestal, «capaz de defenderse sola en medio de una tribu de caníbales». Se refugia en su áspera ternura. El momento que recordará como el más feliz es aquel en el que, en el bar Moscova, apoyó la cabeza en los pechos de la mujer y se sintió fuera del mundo. Jamás se imagina sostén para ella, porque de ninguna manera quiere destruir la imagen de la mujer-madre, capaz de mimarlo y darle seguridad. No sospecha hasta dónde puede estar desvalida por debajo de su enorme orgullo.

Pese a esta actitud sumisa, de aceptada inferioridad, plagada de inhibiciones, quiere conseguir la unión física. Pero tampoco seguirá el camino de la exigencia viril. Usa otros procedimientos astutos. Le pregunta si está haciendo con él un experimento, si nunca la podrá besar de veras. La obliga por medios ocultamente compulsivos, con recursos infantiles. Cuando se cumple su deseo de la posesión física, no consigue la tranquilidad que buscaba; inmediatamente vuelven sus dudas. Al día siguiente, mientras la mira ir y venir por la pieza, se pregunta «si no irá a desvanecerse como el palacio mágico de un cuento». Su inseguridad no ha ganado nada con la entrega. Surgirán otras dudas, nuevas preocupaciones. El temor a no ser querido, a no merecerla, persistirán, así como su actitud infantil. El miedo a perder el cariño, típico de algunas angustias de los niños, no lo abandonará nunca.

También es rasgo permanente de su carácter el replegarse para la reflexión; para el análisis de cada acto del pasado, que pesa y mide; para preguntarse a sí mismo lo que no se anima a preguntar a otros

y aclarar situaciones que hubiera debido aclarar mediante la franca interrogación. No activo, se pasa reviviendo minuciosamente, en detalles, los acontecimientos pasados.

Como en la etapa en que el novelista lo muestra está dominado por su relación amorosa, es alrededor de ella que gira todo su interés. Por la calle, o en lugares donde otros hablan y hasta creen que él participa, está barajando pensamientos referidos a su única preocupación.

Y después que todo ha ocurrido, cuando ya no tiene la esperanza de arreglar nada, aunque mejorado ya de su fijación, al encontrarse con Bruno vuelve a retomar el pretérito para preguntarse si Alejandra fue o no feliz a su lado y seguir indagando las causas del fracaso. Cuando detalla, en este recuerdo, las uniones de sus cuerpos, a las que califica de «extraño rito salvaje y profundo», nos indica que él tampoco se entregaba confiada y totalmente al acto del amor, puesto que era capaz de observar cada reacción de ella. Su temor a no ser querido lo seguía hasta allí, y su desesperación por entenderla a través del cuerpo fue otro motivo de alejamiento y no de encuentro.

Como todo tímido que se va guardando cosas que hubiera querido decir, que va tolerando situaciones que lo mortifican, después de cuidarse de no molestarla con preguntas o con dudas, de obligarse a respetar el misterio que la rodea, estalla de pronto, llevado por la violencia de los celos, y hace lo peor que pudiera haber hecho: espiarla y confesárselo para obligarla a confesar.

Hasta aquí el Martín neurotizado e inestable. Pero hay en él otras cualidades, momentáneamente relegadas, que justifican la predicción del loco. Esas esencias profundas, tapadas por la obsesión, han existido siempre y explican la conducta posterior.

En Martín no existió nunca una posición hostil o resentida hacia el mundo en general. Por el contrario, reacciona contra el amargo desencanto de la chica al que llama «resentimiento llameante y sarcástico». Tiene innato rechazo a la farsa y en la misma medida incapacidad para buscar el acomodo personal. La situación de gente como Molinari le produce asco y no envidia; en ningún momento se le ocurre halagarlo para conseguir el empleo que tanto precisa. Odia el «rostro» de *boutique* de Alejandra y todo ese ambiente de mujeres frívolas y chismosas. «¿Cómo podés aguantar esto?», le dice. Se sonroja ante el desenvuelto cinismo de Quique, capaz de correr a besar a la mujer a quien estaba criticando sin compasión. Hay una pureza de fondo que lo deja por afuera de lo sucio, que no desvían los acontecimientos, y su instinto lo acerca a seres generosamente simples como Bucich.

Enajenado por su obsesión, se encierra en lo suyo. Pero tiene capa-

cidad para reconocer lo humanamente valioso, y siente, por ejemplo, que Bruno es capaz de escucharlo y de entenderlo.

Su deseo de cosas limpias hace que le resulte casi más insoportable que la muerte física de Alejandra la ruptura de la imagen que de ella se había hecho y que no se había destruido del todo, a pesar de sus propias afirmaciones: «Te digo que soy una basura, sabelo.»

En los días que siguen a la tragedia, refugiado junto a Bruno, habla tumultuosamente o permanece horas callado; pero no ha entrado en la desesperación. Es después de la entrevista con Bordenave cuando se le destruye por completo la imagen que de alguna manera trataba de conservar, cuando entrará en una desesperación que será salvadora. Entonces empezará a «ambular como un cuerpo sin alma y sin piel, caminando sobre pedazos de vidrio y empujado por una multitud implacable».

Al aceptar lo definitivo, al liberarse de la imagen dominante, empieza a recuperarse, a salir del encierro donde todo se subordinaba a su única preocupación. Madura repentinamente; empieza a sentir que el mundo existe, que el semejante está al lado. En las reflexiones que hace en esa marcha a través del caos de la ciudad piensa, sí, en lo suyo, pero asociándolo al sufrimiento de los demás.

Como el Calígula de Camus, que no se desespera solamente por la muerte de Drusila, sino por el absurdo que es todo, cuando piensa en matarse intuye «que no se matará por Alejandra, sino por algo más hondo y permanente que no alcanza a definir».

Le salva del acto irreflexivo su condición de indeciso, que le hace seguir razonando hasta que se da el plazo que —en el fondo— busca. No será él quien decida. Será alguien a quien llama Dios; alguien responsable de todo lo que ocurre y al que desafía. Quiere encontrar las razones para vivir, aunque sean mínimamente convincentes. En sus reflexiones ha recordado al poeta popular, que se preguntaba: «¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?», y, como él, quiere la respuesta positiva, la que le señale «una sola flor» nacida del conjuro de fuerzas buenas. Solamente eso para resolverse a seguir. Por ello son respuesta las sencillas palabras de Hortensia Paz y su mano callosa en la frente. Encuentra una existencia aceptada, una realidad humilde que le bastará como punto de partida. Es demasiado simple la posición de quienes dicen que en esta escena el personaje se transforma bruscamente, que basta que le digan «que hay cosas lindas» para convencerlo de vivir. En primer lugar, ya vimos que ésa fue siempre su posición frente al escepticismo de Alejandra, que eran sus mismas palabras de afirmación. Y, además, el seguir viviendo no significa que olvide el pasado.

El mismo novelista nos ha anticipado ya un futuro en el que sigue existiendo la marca profunda.

Martín ha salido de su enajenación y —como Hortensa Paz— está dispuesto a asumir, palabra que de ninguna manera significa resignación ni renuncia.

Vuelve a su antigua idea de irse al Sur; busca a Bucich, en quien ya había pensado antes como posible amparo.

Abierto a la comprensión buscará ahora el mundo del que se apartó. Y dentro de él a los simples, a los generosos. Ese camionero, que se detiene para mirar el cielo y confiesa, con vergüenza, «que le hubiera gustado ser astrónomo»; ese hombre rudo que se enternece al pensar en el ahijado enfermo y en el juguete que le llevará, es el que puede salvar al adolescente que ha estado metido en realidades viscosas. El mundo que se abre ante él es lo más opuesto al que lo atrapó. No solamente porque llegará a lugares desconocidos que pueden ser diferentes, sino porque su interior se ha transformado y las fuerzas positivas podrán empezar a actuar. En la escena que cierra bellamente la novela, en el diálogo entre los dos hombres, encontramos un Martín transformado, que se interesa por lo de afuera, que escucha y que pregunta; alejado de aquel que en medio de una reunión se aislaba para recordar la sonrisa de Alejandra, la cara que tenía en el último encuentro o para analizar, paranoicamente, el significado de sus palabras o de sus actitudes.

Ahora empieza a compartir y siente que así podrá, tal vez, encontrar la paz.

Carmelina de Castellanos
Ayacucho, 2154
Rosario (Argentina)